

JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es



crear

## LA AURORA

Una periodista me pide que elija la palabra que me parece más bella. Es una solicitud absurda, pero me hace pensar. ¿En qué sentido puede ser bella una palabra? Se me ocurren tres posibilidades: fonética –la palabra es musical–, semántica –la realidad significada en bella– y una mezcla de ambas. Me viene a la memoria una anécdota de Rubén Darío, un poeta obsesionado con la musicalidad del verso. Cuentan que en una ocasión, paseando por un jardín, se detuvo ante un estan-

que, admirado por una plantas flotantes, y preguntó: “¿Qué son?” “Nenúfares”, le contestaron: “¡Ah, entonces son esa palabra que uso tanto en mis poemas!”. En efecto, Darío la usaba sin saber su significado, sólo por su sonido. Por fin, elegí la palabra *aurora*. Tal vez influyera que era el nombre de mi madre, y que por lo tanto tiene una especial calidez afectiva en mi recuerdo; pero creo que hay mucho más en mi elección. Hay personas solares y lunares, y la noche no es mi territorio. En esto, mi sensibilidad es ancestral, prehistórica podría decir, porque comprendo la desolación y el terror que podían invadir cada noche a nuestros antepasados cuando el sol desaparecía tras el horizonte. ¿Volvería a la mañana siguiente? ¿Con qué entusiasmo recibirían los pausados levantes de la aurora! El sol emerge como un salvador, para librarnos de la noche, de lo desconocido, del miedo. ¿Cómo no sentirme conmovido por la

aparición de un ser tan poderoso, que nos regala la luz y su cortejo: la vida, el calor y el color de las cosas! Lo reconozco: si fuera lituano adoraría a Ausrina, la aurora. Y si fuera irlandés, veneraría a santa Brígida, una santa inexistente, cristianización astuta de la diosa Brigantia, que era también la aurora. Según la leyenda, santa Brígida nació cuando su madre estaba en la puerta de su casa, entre la luz del día y la oscuridad, como la aurora.

Todo lo maravilloso ha sido divinizado alguna vez. Y el fondo etimológico de la palabra *aurora* mantiene esa referencia. Los latinos creyeron que derivaba de *auro*, dorado, pero los expertos actuales piensan que procede de una misteriosa raíz

indoeuropea *au*, que designa una experiencia religiosa.

**SEGÚN LA  
LEYENDA,  
SANTA  
BRÍGIDA  
NACIÓ  
ENTRE LA  
LUZ DEL  
DÍA Y LA  
OSCURIDAD,  
COMO LA  
AURORA**

Con la aurora llega la claridad. Por eso, debería ser también la patrona de los filósofos; y de todos, ya que todos tenemos una misión de claridad. Por esto la competencia filosófica tendría que formar parte del kit de supervivencia humana.

Nos liamos con tanta

facilidad, que acabamos por pensar que no hay forma de desembrollar las cuestiones. No estoy de acuerdo. Es cierto que cuando los malentendidos envejecen resulta casi imposible poner en claro lo que los agravios y el resentimiento han vuelto oscuro. Por eso, el empeño en aclarar las cosas se convierte en la gran virtud intelectual, que a veces llega casi hasta el heroísmo. La misión de claridad de cada uno de nosotros se mueve en el ámbito personal, familiar, político. Por eso hay tanta tarea. Pablo Neruda, en su deliciosa *Oda a la claridad*, dice algo parecido: “Yo soy / yo soy el día, / soy la luz. / Por eso / tengo / deberes de mañana, / trabajos de mediodía. / Tengo que cumplir / mi obligación de luz. / Yo debo repartirme / hasta que todo sea día, / hasta que todo sea claridad / y alegría en la tierra”. ■



Raúl